

RESEÑAS

PATRICIA ARANCIBIA, *Mario Góngora en busca de sí mismo, 1915-1946*. Santiago, Vivaria, 1995.

Este libro se encuentra entre los poquísimos que hasta este momento se han dedicado al género biográfico en la segunda mitad de este siglo. En nuestro país es el primero que toma como objeto de biografía a un historiador, Mario Góngora del Campo, el que además fue uno de los intelectuales más prominentes en este lapso. La editorial Vivaria, de la Fundación Mario Góngora, publica con este ejemplar el segundo libro dedicado expresamente a difundir la obra del historiador y pensador chileno. Al hacerlo, esta vez, no se ha querido apoyar una muestra de datos biográficos que sirvan de referencia, sino que reconocer un esfuerzo de comprensión biográfica que entregue un núcleo complejo e iluminador de Mario Góngora. Es el aspecto que se debe destacar en este libro.

Sin mostrar una figura apolínea, la biografía "Mario Góngora, en busca de sí mismo, 1915-1946" indaga en la intimidad del proceso creativo e intelectual del historiador. El libro fue presentado por la Fundación Mario Góngora, creada para difundir la investigación histórica en Chile, y que ya tiene a su haber una serie de publicaciones y seminarios.

Ya antes, en "Civilizaciones de Masas y Esperanza, y otros Ensayos" (1987), fue reunida la obra ensayística de don Mario Góngora, la que para él, según expresa confesión, había sido su obra "más querida". Ahí no sólo se encuentra la reflexión de un historiador sabio, sino que da un salto más allá de la frontera de la investigación y enfrenta su creación ensayística sobre sociedad, cultura y religión, que lo ha consagrado como un pensador original en un país y en un continente en donde este tipo de reflexión ha sido escaso.

La marca de todo gran pensamiento se reconoce cuando surge una obra capital en una disciplina intelectual; pero también cuando otras disciplinas requieren de su lectura. No sólo por lo necesario de una relación interdisciplinaria, sino también para entenderse a sí mismas, a través de la meditación de una palabra consistente surgida en otro ámbito. Esta es la razón por la que Mario Góngora ha trascendido al campo historiográfico chileno y americano.

¿Quién fue Mario Góngora más allá de sus libros y ensayos? La obra que aquí se presenta ha emprendido la tarea de llegar al plano donde se juntan, y separan, la obra del hombre. ¿Qué debe entenderse por lo otro, la vida por la obra, o la obra por la vida? Se trata del nudo ciego que siempre permanecerá como objeto de discusión. Pero en ese plano en Chile siempre el deseo de penetrar en una personalidad de relieve creativo se encuentra de bruces con un muro infranqueable.

Posibilidades de una biografía

Si miramos a nuestras grandes figuras caemos rápidamente en la cuenta de que somos incapaces de acceder a su intimidad; que además no podemos reconstruir ese puente tenue, pero fundamental que separa y vincula la complejidad maravillosa de lo íntimo con su transmutación en la obra de arte, en la escritura, en la acción social, en la inspiración religiosa.

Chile, pequeño país de dos premios Nobel, carece de biografías que se empapen de ellos de una manera comparable a como podemos leer tantas páginas de estudios biográficos sobre Goethe, Dostoievski, Proust o en historia, sobre el mismo Arnold Toynbee. En este sentido, nuestro siglo XIX es abrumadoramente superior a este siglo que termina. En parte esto se debe al descuido familiar por atesorar los testimonios del propio pasado, por lo demás, la base del presente. Más profundamente, la carencia proviene del pudor y de la inseguridad que provoca en nosotros el colocarnos como objetos de meditación. A falta de esta cualidad, nos refugiamos en la suposición arbitraria –generalmente cruel– o en la retórica vacua, grandilocuente, del panegírico. La persona, en su infinita contradicción y a la vez en su capacidad creadora, se escapa casi siempre.

El libro de Patricia Arancibia nos abre, en primer lugar, a una década fundacional del Chile moderno, los años treinta, y que en muchos sentidos sigue viva en nuestros días, a pesar de los formidables cambios en la mentalidad colectiva de los ochenta. Además presenta figuras sobre las que quisiéramos un apunte biográfico mayor. Entre ellas, la del sacerdote Juan Salas Infante, que embelesa a los jóvenes de la época de Mario Góngora, a comienzos de los años cuarenta. ¿Será posible siquiera reconstruir la persuasión de esta figura religiosa al parecer de primera magnitud? Estas son pequeñas huellas de tesoros perdidos que entrega la lectura de una biografía.

Las tendencias historiográficas de estas últimas décadas han vuelto a destacar la importancia del género biográfico. Por lo demás, esto no fue jamás olvidado por quienes sensatamente se niegan a vivir los sobresaltos de las modas. En todo caso es reconfortante ver cómo nuevas ópticas regresan hacia donde parte la vida, la persona y su relación con los otros. Se ha dicho con

plena razón que toda vida merece tener *status* historiográfico; de ahí la notoriedad alcanzada por los intentos logrados de revelar los pliegues de vidas anónimas en su momento, pero que contenían en sí toda la potencialidad humana. Con todo, parece que un vuelco exclusivo a este campo privaría de un elemento de juicio imprescindible para comprender nuestro cordón umbilical con la sociedad.

Este "yo y los otros" que se destaca especialmente en la vida en sociedad, siempre va a comprenderse a sí mismo bajo la inspiración de una figura individual que pueda hablar más allá de la impostura a que alude la "teoría del interés" o de una voluntad de poder que habría que "desconstruir". Nuestras figuras destacadas, el constructor político de la sociedad, el intelectual y el artista, la figura que sea punto de referencia religioso, todos ellos pueden decir algo en su vida; pero también dicen en la medida en que se pueda percibir su creación, apreciar su acción, ciertamente dentro de los estrechos pero decisivos espacios que el libre albedrío despliega frente a la necesidad.

Es a este nudo de problemas a los que alude la existencia del libro de Patricia Arancibia. No sólo se trata de la primera biografía sobre el insigne historiador, sino que una de las primeras en su género que afronta con disciplina intelectual —y con pasión testimonial— escribir sobre una figura señera. La Fundación Mario Góngora no ha dudado en apoyar la publicación del trabajo, lo que es posible también por la generosidad de algunas almas que comprenden la importancia de esta labor; es una manera también de ahondar en el sentido de su existencia.

Tensiones internas

Cuando aparecen las grandes figuras intelectuales y artísticas, muchos, comprensiblemente, esperan encontrar una arquitectura apolínea en la vida y en la obra. Se espera de ellos una consecuencia y una lógica que a cada paso revelen que es merecida la admiración que provocan. Su obra y —aunque raramente— su vida muestran una evolución que se despliega como una flor cuya belleza es al mismo tiempo el desvelamiento de una verdad que intuíamos, pero que carecíamos de las palabras para expresarla; a la vez la perfección de su mediodía era algo previsible. O así se aparece a primera vista, aunque muy rara vez esta visión resiste una mirada más detenida. Por añadidura, el sistema de comunicación de los "ídolos del foro", para emplear el título de un célebre ensayo de don Mario Góngora, tiene la pretensión de mostrar como excelencia intelectual y como originalidad, exclusivamente a una criatura desprovista de fracturas y de tensiones, una criatura que se parece mucho más al ideal que proclama, como dijo don Mario, "internacionalismo técnico-económico", y que tiene como espejo el que "las grandes preguntas giran sobre los medios, o sea, sobre la técnica, ya no sobre los fines".

Ya sea en la figura del "intelectual comprometido" o la más actual del sujeto "que entrega ideas", en el "organizador de espectáculos", el *showman*, o en el "recolector de recursos", se esconde el deseo de sometimiento del pensamiento a la funcionalidad del sistema social. Se olvida la necesaria distancia y la dirección a una imagen que esté fuera de la lógica del poder que debe presidir como componente mínimo al alto nivel intelectual, aunque no debe dominar de manera absoluta a su creación. Esto no se debe interpretar de ninguna manera como la postulación de una suerte de "contracultura", lo que muchas veces me parece detestable. Esta, por lo demás, bien examinada, no anda muy lejos de ser una manifestación sutil pero real de la "función". Esto se ve en el conformismo que rápidamente adquieren las vanguardias, o en el aserto de la "ortodoxia de la heterodoxia", que termina como mera moda. Sólo se reclama percibir la diferencia entre la vida intelectual y la función del sistema social, aunque en muchos ámbitos se necesitan mutuamente. Desde luego, el sistema social —por emplear la expresión de Parsons— tiene sus fueros, y el intelectual adquiere generalmente un espacio de libertad y de diferencia gracias a él y tiene que convivir con él. Esto lo olvidan algunos representantes de la contracultura o del radicalismo.

Existan o no estas ocurrencias de la figura apolínea, o de las más común de la máscara de lo original en la cultura de masas, no se trata de la vida ni de la obra que ahora tenemos entre nuestras manos. Sorprenderá quizás a algunos que han tenido determinada imagen de Mario Góngora, el encontrar los intrincados caminos por los que llegó a ser lo que fue. Puede que se trate de las aventuras que tienen un denominador común, la búsqueda de lo absoluto. Además, toda vida que se explica en su intimidad parece ser la búsqueda de sí misma; de ahí el acierto del título del libro. Lo que se manifiesta en esta biografía no es un caso anómalo, excepcional. La vida de un gran intelectual refleja las contradicciones y tensiones internas, quizás los necesarios extravíos, que son la piedra fundacional de toda creación. Revelan una vez más lo que Holderlin, poeta reverenciado por don Mario, define como la esencia del Apocalipsis de San Juan, "en el peligro surge la salvación".

Una vocación intelectual, que no sea una mera profesión debe guardar fidelidad a esta brújula, y estar dispuesta a "bajar al corazón de las tinieblas", "descender al fondo de los infiernos", ya que a la verdad sólo se accede por caminos cruzados, aunque se tenga una misma imagen de ella a lo largo de una vida entera. Constituyen la encrucijada en donde se rompe la cadena que ata a un cuarto oscuro, salvado por un rayo de luz imperecedera, pero que al ser humano lo deja en el umbral de otro cuarto oscuro, al interior del cual ese destello será su esperanza.

La verdad será siempre un texto evanescente, pero sustantivo, aunque el texto no siempre entrará dentro de un rompecabezas que nos entregue un catá-

logo final de la realidad. Se trata del "combate espiritual" en el más alto sentido de la palabra. Si bien en su intensa búsqueda de lo religioso, don Mario Góngora jamás sacrificó el espíritu de la investigación científica, porque no podía ver contradicción entre ellos. Sencillamente se trataba de dos vías para arribar a la verdad, sin confundir la una de la otra. Lo fundamental es que en este "combate espiritual" se da un inconformismo que es muy diferente al que es patentado por la cultura de masas contemporáneas; es el inconformismo de la actitud de riesgo de quien puede caer en combate desconocido, mientras que el inconformismo de la cultura de masas se caracteriza porque sólo existe si es a la vez aceptado por la imagen audiovisual y debe ostentar un rostro triunfalista, aunque el latido de su corazón tenga un ritmo nihilista.

Desde esta perspectiva también podemos comprender un rasgo hermético de la escritura de don Mario. No sólo por su pasión por el tema del Apocalipsis, como parte de su pasión por la escatología; también por la elección de los pensadores modernos preferidos, los que él llamaba "diagnosticadores", con lo que quería decir que existe una gran incógnita en la dirección de nuestro tiempo que ninguna ciencia puede explicar del todo. Poder descifrar el lenguaje todavía críptico del sentido del siglo era una de las metas de su vida. Así también hay que comprender su intenso catolicismo, que no se deja entender a cabalidad si lo colocamos dentro de las coordenadas de "tradicionalismo" vs. "progresismo", con las que comúnmente se analiza el catolicismo moderno. Este pensador no podía entrar en un sistema de coordenadas "claras y distintas". Es en este sentido que hay que leer su obra, ya que —aplicando las palabras de Czeslaw Milosz— "existe un conocimiento oculto y otro que se puede revelar a los demás, y la obra escrita no tiene más que un porcentaje del primero". El origen de esta encrucijada que se transmuta en un lenguaje creativo se encuentra en los años treinta, con el joven Mario Góngora, a cuya comprensión Patricia Arancibia contribuye de manera decisiva.

JOAQUIN FERMANDOIS

JORGE ROJAS FLORES, *Los niños cristaleros: Trabajo infantil de la industria. Chile, 1880-1950*. Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1996.

Estamos en presencia de una nueva obra de este joven y sobresaliente investigador que se ha especializado en temas de historia laboral. Ahora nos ofrece una monografía sobre un tema que prácticamente no había sido abordado por la historiografía nacional. En consecuencia, este libro nos presenta un fenómeno del que poco y nada sabíamos. Y es en este aspecto en donde se

encuentran las mayores virtudes, que son muchas, y también algunas de sus limitaciones.

El aporte más significativo de esta obra está en habernos mostrado un panorama del trabajo infantil en Chile durante las primeras etapas de su desarrollo industrial. Mucho de lo que en ella se expone resulta novedoso e interesante por referirse a cuestiones sobre las que teníamos información muy fragmentaria, cuando se disponía de alguna. En ese aspecto llamará la atención del lector la importante presencia de niños trabajadores, de entre 8 y 15 años, en sectores industriales que tenían un desarrollo tecnológico significativo. Siempre se ha sabido de la participación de los niños en las labores agrícolas y algunos datos se tenían de su presencia en los talleres artesanales, pero, el que estuvieran presentes, en proporciones considerables, en industrias que podríamos considerar modernas resulta casi inesperado y por cierto corresponde a un hecho de bastante trascendencia. Aunque el objetivo del libro fue el estudio del trabajo infantil en las industrias del vidrio, se entregan antecedentes sobre la participación que tienen en otros sectores. Al respecto, es interesante lo que se dice sobre las industrias azucareras y fábricas de cervezas: en la década de 1910, del total de operarios que poseían, entre un 15 y 20 por ciento eran niños. La moderna Compañía Refinería de Azúcar de Viña del Mar, de Julio Bernstein, tenía alrededor de un 16 por ciento de niños entre sus trabajadores y era una situación que no ocultaba sino que se exhibía con cierto orgullo.

En la industria del vidrio la presencia de niños es todavía más importante, fluctuando entre un 23 y 37 por ciento del conjunto de trabajadores. Pero, en el caso de este sector hay un aspecto más que se destaca y se refiere a la permanencia en el tiempo de esa fuerza laboral, que de hecho se mantuvo en proporciones importantes hasta la década de 1940 y ya en disminución durante la siguiente. Todo ello hace que dicho sector fuese el que más dependió de la mano de obra infantil. El autor del libro hace un análisis de los factores que a su juicio explicarían ese fenómeno. Entre ellos destaca el hecho de que los empresarios utilizaran esa fórmula como una manera de disminuir costos para poder competir con el producto importado. A eso se agregan algunas características especiales que presentaban las faenas en el sector, que facilitaban la ocupación de niños, como el etiquetado, envasado y manipulación del vidrio fundido, que requería hacerse con mucha rapidez y agilidad.

El libro, junto con entregar información sobre las condiciones en que se desarrollaba el trabajo de los niños en la industria del vidrio, también muestra un panorama, curioso por lo demás, de las organizaciones sindicales en que se agruparon y las movilizaciones que efectuaron en las primeras décadas de este siglo. Otra materia, y bien desarrollada, corresponde a la actitud del Estado y la élite con respecto al trabajo infantil. Muestra en este apartado la evolución que tienen las ideas y cómo se pasó de un período en que se justifica y ve con

buenos ojos, a otro en que es censurado y considerado como altamente inconveniente.

La elaboración de este libro requirió de minuciosas investigaciones en una gran diversidad de fuentes escritas e incluso orales; se revisaron periódicos, estadísticas oficiales, folletos, boletines ministeriales, recopilaciones de leyes y los libros de actas del sindicato de Cristalerías Chile, que sin duda constituyen una fuente de gran interés. Con todo, y no obstante esa ardua tarea, lo cierto es que la información obtenida sobre el trabajo infantil en el ámbito industrial no es muy abundante. Los testimonios que han perdurado de ese tipo de trabajo son reducidos y ello influye en el resultado final de la obra. En varios temas uno hubiese deseado un mayor desarrollo. Sin embargo, aquellas limitaciones al parecer no lo permitieron. No obstante, lo que se hizo, con pocos elementos a la mano, es un primer paso muy importante en un tema hasta ahora desconocido, pero que desde ahora sabemos que tuvo una trascendencia socioeconómica insospechada. Ahí está el mérito de esta obra.

RENE MILLAR CARVACHO

GONZALO VIAL C., *Historia de Chile (1891-1973)*, tomo IV (1925-1931). Ed. Fundación, Santiago, 1996, 622 páginas.

Gonzalo Vial escribe dos tipos de libros de historia, los buenos y los que hace a la rápida. Este es de los buenos. No es accidental que se haya demorado cerca de siete años en concluirlo, aunque —deber es decirlo— publicó varios otros libros entremedio.

Ibáñez, “caudillo enigmático” (según Wurth), “césar criollo”, según Aquiles Vergara, es el tema de este IV volumen (V tomo) de la ya larga *Historia de Chile, 1891-1973*, escrita por Gonzalo Vial. No es ciertamente una biografía, se estudia el personaje y su circunstancia, pero está muy centrado en él. No intenta —por otra parte— una gran interpretación explícita de la época, como sí lo hizo en algunos de los primeros volúmenes, y lo felicitamos por ello.

Al concluir de leer el presente libro la figura del ex dictador sigue siendo algo enigmática, aunque por razones distintas a las esgrimidas con anterioridad. La *mise en scène* del personaje es notable: ambicioso, doble, calculador, desleal, contradictorio y con “fobias personales” (p. 428); pero al mismo tiempo honrado y honesto; sin duda bienintencionado para con Chile. Dentro de algunas limitaciones, inteligente; un dictador relativamente moderado y —si la especie puede serlo—, honorable. El hombre que muestra Vial no es “el caballo Ibáñez”, el milicote bruto que tantos pintaron (o quizá lo es, pero con muchos

matices). Tampoco es el redentor de Chile como fue considerado por otros tantos, especialmente antes de 1929. Es un ser humano, con virtudes y defectos, bastante sobrio, el que ciertamente abrió muchos flancos para ser atacado, pero hizo también mucho en poco tiempo. Alguien que sin duda fue un estadista (Capítulo Séptimo) y uno de los padres del Chile moderno. También deja muy en claro que Ibáñez gozó, hasta terminado el año 1929, de generalizado apoyo, incluso de la clase política que vino a depurar (el "Termocauterio") y si cayó, fue como consecuencia de la crisis mundial más que sus desaciertos.

El de Gonzalo Vial no es un libro simpático para Ibáñez, pero tampoco es su crucifixión. Y cuando habla muy mal de él, es posible que Vial estuviera pensando—inconscientemente— en otros dictadores militares más recientes, sobre los que, al parecer, tiene peor idea.

Es casi un lugar común en la historiografía sobre el siglo veinte chileno, que ha aparecido en las últimas décadas, decir que Ibáñez hizo en lo económico y social lo que antes Arturo Alessandri había hecho en lo político institucional. Que ambos representan la mesocracia triunfante, por más que fuesen archirrivals, en verdad enemigos. Sobre Alessandri y su obra en el primer gobierno, quien escribe tenía una visión general bastante completa y redondeada, pero de Ibáñez no. Esto puede deberse a ignorancia en parte, pero, quizá también a que no existía una verdadera obra comprehensiva, que tratara sistemáticamente y en profundidad sus acciones de gobierno y reformas. La de Gonzalo Vial lo hace.

El autor tiene la facultad—sin necesidad, ni intelectual ni social, de caer en pedanterías crípticas o fundamentalismos— de hacer claras, o al menos comprensibles, situaciones y problemas complejos y confusos. En este libro hace gala de esta facultad. Se refiere al problema salitrero de esos años, un verdadero Nudo Gordiano, con conocimiento y claridad admirables; también al educacional, una antigua parcela que Vial conoce muy bien; al internacional, quizá con un sesgo levemente patriotero cuando se preocupa del desarrollo del conflicto con Perú por Tacna y Arica; a las reformas institucionales y económicas más importantes. Incluso la dimensión norteamericana y mundial de la gran crisis de 1929 es tratada con extensión y conocimiento, llegando hasta la erudición... a pesar de que pide excusas por su limitación ante el tema. Y al hacerlo torna entretenido lo que no lo fue y que por su naturaleza no lo es, excepto para algunos seres excepcionales para bien o mal. Siempre deja una idea general y lúcida del tema tratado. Es el Gonzalo Vial brillante que ya conocemos. Podemos disentir con él en algunos aspectos puntuales, como por ejemplo la crítica a la construcción de camino costero de Viña del Mar a Concón, una de las cosas bonitas de Chile (p. 303), o su apreciación sobre el Casino de Viña, una de las más entretenidas (página anterior). Pero es imposible no admirar la capacidad de síntesis y la lucidez de sus palabras.

Su tratamiento de los personajes es notable, ya nos referimos a su retrato del propio Ibáñez. Con otros, siempre agudo, a veces es inmisericorde. Esto queda claro con el peor tratado: Pablo Ramírez, a quien ya había machucado en un tomo anterior. En éste, si bien el ministro es mostrado en sus grandes capacidades intelectuales, en lo demás lo reduce a polvo con un sarcasmo feroz. Su ataque a "Pablito" habría causado la envidia de cualquier maestro en la demolición, León Bloy, por ejemplo. A Elías Lafferte lo ridiculiza: cuenta cómo escribía innumerables cartas a su mujer —las que no podía enviarle— desde un "peñón desolado en medio del Pacífico, con sus monstruosas estatuas" (la frase es del prócer comunista), la Isla de Pascua, sin saber que ésta se había arrancado con un detective (pp. 516-517). Al Comodoro Arturo Merino Benítez lo deja como un pelmazo (pp. 326-327). A Carlos Dávila como un sinvergüenza inteligente, y así.

La ironía del autor a veces aplasta a grupos enteros. V.gr.: los militares y civiles participantes en el complot del avión rojo (pp. 505-519). Páginas ante las cuales es imposible, a veces, contener la carcajada. En el caso de otros grupos, entre pulla y pulla, hace notar sus rasgos comunes notables o al menos sobresalientes, que los identificaron. Por ejemplo, es el caso del conjunto mesocrático y joven que constituyeron los leales tercios de Ibáñez los primeros años de su gobierno (pp. 190 y siguientes).

No deja Vial de propinar palos —ahora indirectos— incluso a figuras del presente. A Pinochet le dedica la siguiente frase, referida a algún intento de Ibáñez de castigar subordinados que cometieron "excesos": "Feliz dictadura aquella, que sancionaba a los torturadores... aunque fuese por cumplir" (p. 497). No en vano estuvo en la Comisión Rettig.

En cambio otras figuras bastante discutidas y criticadas por autores que habían escrito antes, son relativamente rescatadas. La de Emiliano Figueroa, flojo, débil, casi insignificante en pluma de muchos, es tratada finamente más allá de algunos suaves bastonazos, en particular el referido a la compensación económica que habría recibido por su retiro de la primera magistratura, lo que no queda, a mi juicio, insuficientemente probado. Parece incluso simpatizar con él. Muestra también un gran respeto, incluso admiración, por Juan Gómez Millas, a veces tratado por otros autores de superficial y oportunista. También destaca la capacidad de algunos de los militares que acompañaron a Ibáñez en su actuación política.

No deja el libro de contener algunos errores, la mayoría menores: la refacción del acorazado "Almirante Latorre" no dobló su andar de 12 a 24 nudos (algo casi absurdo para quien entienda del tema), sino que lo aumentó de 23 a 24 (Fuente: el *Jane's Fighting Ships* de los años pertinentes, la biblia al respecto) y algún otro. Un error mayor está en la pág. 528, cuando hace gestionar a los opositores chilenos de Ibáñez en París, hacia 1930, una interpelación al

gobierno de León Blum, que llegó al poder en Francia con el Frente Popular... en 1936. Pero, esta es, según mis modestos conocimientos, la única inexactitud de hecho importante de la obra. Es ciertamente posible que especialistas en determinadas materias descubran otras.

Más que por los escasos errores que se pueden descubrir, puede criticarse negativamente la obra por algunos problemas de método. El aparato crítico de notas que acompaña a cada capítulo aparece débil. Tanto, que a veces se tiende a sospechar que Vial consultó muchos otros documentos, los que no menciona. En todo caso, no está en consonancia con la riqueza del texto. La bibliografía es más bien pobre, faltan algunos libros fundamentales. V.gr.: las obras de F. Nunn. Es cierto que muchos autores de libros malos o muy malos, ocultan su ignorancia con aparatos críticos o bibliografías aparentemente impresionantes y Gonzalo Vial quizá no quiso caer en este vicio. Pero tampoco hay que irse al otro extremo, pues en definitiva el lector que puede haber quedado con dudas con respecto a algo, no sabe dónde se recogió la información y no puede satisfacerlas. Entre las omisiones, cabe mencionar el breve tratamiento que da al episodio del Congreso Termal, el que, en su pluma, hubiera podido ser relatado con más agudeza.

En resumen: un volumen más de la historia del siglo XX de Gonzalo Vial, uno de los mejores tratándose de uno de los más difíciles entre los que lleva publicados. Se refiere a un período de la historia de Chile complejo y controvertido, con gran conocimiento y lucidez. Su proverbial ironía hace de las suyas. La capacidad de ser entretenido, tantas veces probada por el autor, y una de sus mayores cualidades como historiador, queda una vez más demostrada. Sin duda contiene algunos errores, interpretaciones dudosas y algo –o más de algo– de veneno en función de sus simpatías o antipatías. Pero el conjunto hace un magnífico estudio histórico.

CRISTIAN GAZMURI

MANUEL VICUÑA URRUTIA. *El París americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*, Universidad Finis Terrae-Museo Histórico Nacional, Santiago, 1996. 135 páginas.

Pese a que suele ser casi un lugar común señalar en los últimos años la necesidad de estudiar a los grupos populares de nuestro país, poco o nada es lo que se ha hecho para examinar, de una manera seria, a la elite, clase dirigente u oligarquía chilena. De hecho, si bien muchos de los historiadores del siglo pasado trazaron un derrotero interesante en la materia, ha sido una constante, consciente e inconsciente, repetir hasta el cansancio que es el grupo social que

más se conoce y que, por ende, dentro de las preocupaciones actuales de la "historiografía seria", debe privilegiarse el examen de otros sujetos históricos.

Para comprobar lo anterior, basta revisar la atención que la historiografía de este siglo le ha prestado a las clases altas. Dejando un lado biografías laudatorias, genealogías y libros de anécdotas, el balance no es muy positivo. Salvo historias generales como las de Gonzalo Vial y el tomo IV del Resumen de la *Historia de Chile* de Encina, publicado por Leopoldo Castedo, no existen monografías muy coherentes sobre los comportamientos, las ideas, la vida cotidiana y la mentalidad de la clase dirigente chilena. Hace algunos años, el trabajo de Luis Barro y Ximena Vergara: *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Ediciones Aconcagua, Santiago, 1978), trató de lograr un acercamiento más concienzudo, tomando en cuenta la no despreciable cantidad de recuerdos personales y memorias de vida que han dejado impresos muchos de los miembros de esa oligarquía chilena. No obstante, la generalización de ciertos tópicos, tan cara a los sociólogos, omitía matices en un grupo social que era y es altamente diferenciado en cuanto a valores, actitudes e idiosincrasia. En todo caso, es un esfuerzo digno de mérito por editarse en una época donde un estudio en conjunto de la elite partía, en realidad, de cero.

Obras posteriores como las de Sergio Villalobos, *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (Edit. Universitaria, Santiago, 1987), y Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo. La época de Balmaceda* (Ediciones Aconcagua, Santiago, 1988), han aportado nuevas interpretaciones e información al respecto, pero aún carecemos de un estudio de conjunto sobre la sociedad dirigente, no sólo de Santiago, sino de Chile durante el siglo pasado.

El trabajo de Manuel Vicuña, que presentamos a continuación, se inscribe precisamente dentro de esta intención general de revisar y estudiar de un modo más coherente a la clase dirigente criolla. Es, a grandes rasgos, un ensayo donde se revisan personajes y espacios "en los cuales la oligarquía desarrolló parte importante de sus relaciones sociales" (pág. 11).

La obra se estructura en cuatro capítulos a través de los cuales se pasa revista a los principales espacios de sociabilidad santiaguinos de nuestra elite, como las tertulias y salones, los paseos y fiestas; para luego caracterizar a algunos personajes humana y culturalmente interesantes dentro de esta trama urbana: Pedro Balmaceda Toro, Rubén Darío y Benjamín Vicuña Mackenna. En concreto, la intención del libro de Vicuña es rescatar la identidad de la clase dirigente chilena utilizando como "fuentes" cercanas los lugares e individualidades mencionados, quienes enseñan que la construcción de las actitudes y comportamientos de la elite criolla no pueden desvincularse de los cambios materiales, de las influencias extranjeras y del deseo de algunos de sus miembros de promover y socializar entre pares las ventajas de una vida más ostento-

sa, cómoda y, por qué no decirlo, burguesa y “moderna”. De allí el desarrollo de una conciencia escénica (pág. 125), como señala el autor, y de una actitud, en algunos casos, más personal e intimista, destinada a darle envergadura estética a muchas de las actitudes culturales surgidas durante la *belle époque chilienne*.

Revisemos ahora con calma cómo se conforma la autoconciencia de la oligarquía chilena. De acuerdo a Manuel Vicuña, tertulias y salones constituyeron los primeros espacios oficiales de socialización de la clase dirigente nacional, lugares marcados por la música, el baile, pero también por la conversación y, a veces, el encuentro amoroso. Dichos espacios permitieron el “tráfico social de la oligarquía”, ya que quienes llegaban a ellos se convertían en miembros selectos, que a la vez se encargaban de establecer distancias frente a otros grupos: “Quienes socializaban al interior de estos espacios, en atención al carácter exclusivo de los mismos, pusieron en práctica principios de reserva social que, se puede inferir, denotaban un alto grado de autoconciencia grupal” (pág. 27).

Pero la conformación de la identidad dirigente no sólo se manifestó a través de reuniones con carácter reservado, sino además por medio de un conjunto de transformaciones físicas en la ciudad que debían permitir el despliegue escénico de los grupos dominantes y la ostentación de las modas. Es aquí donde aparece la “función citadina” (págs. 35 y ss.), inaugurada en el siglo pasado con pomposas vestimentas y con la protocolar y obligada visita de las “familias dignas” a aquellos espacios públicos sacralizados por el uso cotidiano: el paseo de la Alameda, el Teatro Municipal, el Club Hípico y el Cerro Santa Lucía (luego de la transformación de Vicuña Mackenna), entre los principales. De esta manera se afianza –parafraseando a Erving Goffman– la “presentación en la vida cotidiana” de una elite que muestra y demuestra su superioridad al resto de la sociedad.

Si bien los aspectos mencionados son posibles en la medida que se consolida la apertura económica al extranjero y el régimen republicano, no debe olvidarse que el proceso de identificación de las elites incorporó además el aporte de algunas individualidades señeras, o de “iluminados” como podríamos llamarlos hoy en día. Para el autor, figuras como Pedro Balmaceda Toro y Rubén Darío, los “dandis de la Moneda” (pág. 59), marcarían otra fase de este cobro de identidad paulatino, pero es especialmente el primero, con un proyecto más intelectual e intimista, el que enseñaría una cara distinta de la “modernidad cultural” que buscaron nuestros antepasados decimonónicos.

La última parte del libro se dedica a examinar a otra de las personalidades que muestra un proyecto de modernidad cultural más acorde con las transformaciones de espacios públicos, como es el caso del Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna. Si bien la reconstrucción de su labor edilicia no

es muy original en las páginas de este libro (págs. 85-105), es digna de destacar la valoración que se realiza de su obra como un estímulo para promover actitudes y conductas afines a la clase que disfrutará de ellas. Según Vicuña, "si el ornato representa un adelanto desde el punto de vista de salubridad para el cuerpo enfermo de la ciudad, se podría decir que la belleza de estas obras es un aliciente a la extensión de virtudes ciudadanas, llámense éstas compromiso con el adelanto local, progresos en el grado de civilización y urbanidad, o bien acentuación de sentimientos cívicos" (pág. 101).

De este modo, la elite chilena fue poco a poco construyendo su imagen durante el siglo pasado, pero la gran virtud, a nuestro parecer, del libro de Manuel Vicuña es que sabe diferenciar los matices que son parte integral de este proceso. El mismo autor señala que ya a fines del siglo pasado se configuraron dos proyectos o dos modos de entender lo que era "ser moderno". Por una parte, la propuesta de Vicuña Mackenna, con la cual la modernidad se medía por las transformaciones materiales. Y por otra, la de Pedro Balmaceda Toro, cuya comprensión de lo moderno pasaba por un estilo diferente de vida y un conjunto de actitudes más intelectualizadas (pág. 115).

En concreto, para Manuel Vicuña ambos proyectos se conjugaron dando lugar a una compleja, pero no menos interesante, forma de concebir la existencia, es decir, una concepción de mundo marcada por la frivolidad, el boato, el despliegue externo de ademanes y vestimentas; pero a la vez por el desarrollo de un modo de pensar y ver las cosas que, si bien podía basarse en imitaciones francesas, terminaba por incorporarse a nuestra realidad, a aquella aristocratizante ciudad de Santiago que Vicuña Mackenna bautizó, con ingenuidad e ironía, el "París americano" de este recóndito lugar del mundo.

Lo dicho hasta ahora no nos impide, sin embargo, formular algunas observaciones que pueden ayudar a mejorar trabajos posteriores de este autor. En particular, quizás hubiese sido deseable trabajar más fuentes directas sobre el tema. Por lo pronto, salvo los escritos de Balmaceda Toro y Vicuña Mackenna, abunda la bibliografía secundaria, la cual, si bien hace posible reconstruir el contexto general y algunos detalles cotidianos, no permite un acercamiento a temas afines desde la óptica de otros protagonistas de esta oligarquía criolla. Por ejemplo, la prensa y algunas revistas de época, varias de ellas asociadas a los espacios de sociabilidad más elitistas como el Teatro Municipal; o de carácter magacinesco, que entregan referencias de paseos y parques, hubiesen enriquecido los dos primeros capítulos. Aunque a veces se critique el empleo de fuentes directas en un ensayo, estas rara vez actúan en desmedro de un texto. Una buena interpretación no debe ni tiene por qué estar reñida con una base empírica adecuada.

Asimismo, el empleo de las imágenes dentro de la obra pudo enriquecerse aún más. Si bien el examen de las fotografías y láminas reproducidas entregan

una visión de lo que se quiere decir en el libro, no siempre ayudan a confirmar una idea. De hecho, varias de ellas ya eran conocidas y quizás hubiese sido una buena experiencia aventurarse en la búsqueda de otros personajes y espacios retratados de la elite finisecular, para respaldar y complementar lo señalado.

Por último, el concepto de oligarquía que se utiliza a lo largo del libro no queda suficientemente explicado. Otros términos como clase dirigente, elite o burguesía, que también aparecen en este escenario, se entremezclan no siendo preciso el significado que el autor quiere dejar en claro. ¿Se refiere cuando habla de oligarquía a la definición común de un grupo selecto que se sabe y se siente superior, o engloba además en el concepto problemas de sangre, raza, herencia cultural y hábitos adoptados desde el exterior? Aunque parezca una perogrullada, este tipo de matices deben establecerse, pues la oligarquía chilena, en especial la capitalina, mal que mal es el producto de diversas síntesis entre la aristocracia criolla y los "nuevos ricos" que surgen de las coyunturas económicas favorables para la acumulación y ostentación de riquezas.

En síntesis, estamos frente a un libro que abre el debate para un tema que necesita una permanente revisión y profundización. Manuel Vicuña se ha atrevido a penetrar en un mundo fascinante y complejo. De seguro sabe los costos de su empresa, pero a los 26 años, si no se corren riesgos ni se hacen sacrificios, no tiene sentido enfrentar la vida.

MARCO ANTONIO LEON LEON

BARRY L. VELLEMAN, *Andrés Bello y sus libros*. Caracas: La Casa de Bello, 1995, 359 páginas.

Andrés Bello (1781-1865) fue una figura central en el proceso de emancipación y consolidación republicana del siglo diecinueve. Fue, además, uno de los intelectuales más prolíficos del continente. Su biografía es particularmente rica, habiendo vivido en Caracas (1781-1810), Londres (1810-1929), y Santiago (1829-1865), y conocido varias de las figuras intelectuales y políticas más importantes del período, incluyendo a Simón Bolívar, de quien fue profesor en la juventud de ambos, y con quien mantuvo contacto hasta cercana la muerte de este último. En Chile no hay prácticamente miembro de la sociedad intelectual y política del período que no haya tenido alguna relación con el emigrado venezolano. La obra de Bello abarca un amplio espectro de temas, incluyendo literatura latina, gramática, educación, historia y derecho, tanto civil como internacional. Los escritos de Bello suman veintiséis tomos en la edición más reciente de sus obras completas (Caracas, 1981-86). Sus obras claves han tenido un impacto en varias naciones hispanoamericanas, y en especial su *Código*

civil. Bello fue además poeta y crítico literario, destacándose en estas áreas con sus poemas "Alocución a la poesía", "Silva a la agricultura de la zona tórrida", su hermosa imitación de Víctor Hugo, "Oración por todos", y sus estudios sobre el *Poema de Mío Cid* y la literatura medieval española. Bello fue un humanista cuya experiencia en ambos lados del Atlántico le permitieron unir tradición y cambio, Europa y América Latina, y los mundos clásico y moderno.

Naturalmente, un pensador y estadista del calibre de Bello ha sido objeto de innumerables estudios, empezando con la clásica biografía de Miguel Luis Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello* (1882), y el estudio de Marcelino Menéndez y Pelayo incluido en su *Historia de la poesía Hispano-Americana* (1911). Más adelante, con ocasión del bicentenario del nacimiento de Bello en 1981, un verdadero ejército de investigadores presentó en un congreso internacional en Caracas los resultados del trabajo acumulado durante la segunda mitad del siglo veinte. Estos estudios fueron publicados en seis volúmenes titulados *Bello y Caracas*, *Bello y Londres* (dos tomos), *Bello y Chile* (dos tomos), y *Bello y la América Latina*. Con ocasión del bicentenario, autores y académicos de diferentes países rastrearon prácticamente todos los documentos disponibles en todos los países en que Bello vivió o tuvo una influencia importante. Uno podría esperar que después de tales investigaciones y trabajo crítico quedaría muy poco que decir. Pero el trabajo de Barry L. Velleman prueba que existía aún una laguna importante. Velleman es profesor de español en la Universidad de Marquette en Estados Unidos, y su interés en Andrés Bello se remonta a la redacción de su tesis doctoral, terminada en 1974 en la Universidad de Wisconsin-Madison, que versa sobre las ideas gramaticales de Bello.

El actual libro de Velleman se concentra en la biblioteca privada de Andrés Bello. Tanto Ricardo Donoso como Alamiro de Avila Martel habían escrito sobre la biblioteca de Bello, pero sólo Velleman ha podido completar y publicar su estudio. Utilizando el catálogo manuscrito original preparado por Diego Barros Arana (dos, en realidad, considerando el borrador depositado en el Archivo Central Andrés Bello de la Biblioteca de la Universidad de Chile), a quien se le encomendó la tasación en 1867, Velleman ha compilado una lista de 1.328 títulos presentes en la biblioteca de Bello en el momento de su muerte. Dado que el catálogo manuscrito carece de detalles bibliográficos modernos, Velleman ha debido completar las citas mediante una variedad de fuentes, incluyendo catálogos de libros antiguos en diversos países. También ha proporcionado información sobre ediciones previas y posteriores de varios de los títulos, indicando cuáles de ellas se encontraban en posesión de Bello. Velleman ha identificado y consultado aquellos libros que han podido reunirse en el Fondo Andrés Bello de la Biblioteca Nacional.

El libro de Velleman contiene un trabajo introductorio (pp. 20-102) que analiza los contenidos de la biblioteca de Bello de acuerdo a las disciplinas en

que estaban organizados los libros (Bello marcaba los anaqueles con letras y con retratos para facilitar la localización de los textos). La introducción ubica los contenidos de la biblioteca en el contexto más amplio de los intereses intelectuales de Bello. Proporciona además información acerca de las fechas de compra (la mayoría en Chile, pero una proporción importante en Londres), lo que resulta de gran ayuda para identificar el origen de algunos de los múltiples intereses de Bello. El texto principal del libro de Velleman consiste en el catálogo mismo (pp. 115-282). Varios de los títulos listados contienen citas que reproducen comentarios de Bello, ya sea sobre los autores o sobre sus libros, o comentarios de otros estudiosos contemporáneos sobre la importancia de estos textos. El resto del libro contiene una serie de documentos sobre la adquisición de la biblioteca, una bibliografía de fuentes inéditas y publicadas, y varios índices de gran utilidad. El libro tiene además una elegante presentación de Pedro Grases, el destacado estudioso de Bello en Venezuela.

El catálogo impreso de los libros de Bello es por sí solo un gran aporte a la historia intelectual y cultural de América Latina en el siglo diecinueve. El amplio conocimiento de Velleman de la obra de Bello hace este trabajo particularmente valioso, puesto que ha podido identificar el momento y el contexto precisos en que Bello hizo uso o referencia de los autores y títulos de su biblioteca. La información que proporciona Velleman nos da una perspectiva importante acerca de Bello. Nos da a conocer en detalle su sólida formación humanista, su conocimiento detallado de lo más nuevo de la literatura en sus campos de interés, y sus hábitos de lectura. Bello tenía la costumbre de escribir abundantes notas en los márgenes de los libros de los que era autor, pero raramente lo hacía en los demás. Tenía obviamente una pasión por los libros, y los compraba incluso en períodos de penuria económica como los de Londres. Cerca ya de su muerte se hizo fotografiar en su biblioteca, leyendo y sosteniendo cuidadosamente un tomo. Esta fotografía ampliada adorna hoy la entrada de la Biblioteca de la Universidad de Chile por Arturo Prat.

Barry Velleman ha hecho un gran aporte con este volumen, cuya publicación por parte de La Casa de Bello en Caracas fue hecha a pesar de las dificultades económicas por las que lamentablemente atraviesa esta institución. Con este libro, tanto La Casa de Bello como Barry Velleman no sólo han mantenido el nivel sino que han dado un gran impulso al estudio de Andrés Bello y del contexto intelectual histórico latinoamericano de siglo diecinueve. Sobre esta base, quizás se pueda reconstruir físicamente la biblioteca de Bello, lo que resultaría un paso deseable para el desarrollo futuro del campo.

IVAN JAKSIC

GONZALO VIAL, PATRICIA ARANCIBIA y ALVARO GONGORA, *Jorge Alessandri, 1896-1986. Una biografía*. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1996, 441 páginas.

En el prólogo a la primera edición de su biografía de Lutero, Lucien Febvre decía que: "...plantear... a propósito de un hombre de una singular vitalidad, el problema de las relaciones del individuo con la colectividad, de la iniciativa personal con la necesidad social... (es)... tal vez, el problema capital de la historia...". Ese es el esfuerzo primero de todas las biografías, y también ha sido el propósito de los autores de este libro.

Obra humana al fin, la biografía pone de relieve tanto las grandezas como las miserias del biografiado y también las limitaciones y posibilidades del género biográfico. Ambas aparecen en la obra que comentamos. Por un lado, no se trata de un "sometimiento a proceso" del personaje, de un juicio al biografiado, pues cada lector sacará su conclusión, tanto más cuanto que Jorge Alessandri está presente aún en la mente de muchos chilenos contemporáneos. Pero, por otro lado, la biografía constituye un juicio de carácter histórico, a partir de algunos parámetros científicamente aceptados, pero se aleja, ella también, completamente del juicio político. Y ello es importante señalarlo cuando se trata, precisamente, de la biografía de un político. ¿Qué sentido tendría, a estas alturas, emitir un juicio de ese tipo sobre la persona y la gestión de Jorge Alessandri? Precisamente, lo que ahora corresponde es aquello que algunos llaman con cierta desaprensión —y habitualmente en momentos en que todavía no corresponde— "el juicio de la historia", que no es otra cosa que el juicio de los historiadores.

Este "juicio histórico" de las acciones políticas y de la vida personal de Jorge Alessandri está contenido en una estructura complicada. Se trata de "ocho partes" y "veinticuatro capítulos", en que las primeras siguen, hasta la séptima, el orden cronológico, y los segundos corresponden a diversas temáticas en cada período.

Las "partes" de este estudio nos muestran, primero, "los años de formación" aludiendo a los antecedentes familiares de Jorge Alessandri, a sus "estudios universitarios", a las consecuencias que para su desarrollo personal tuvo "el año veinte" y al "primer exilio" como resultado de los sucesos políticos de 1924.

La segunda parte del trabajo da cuenta de las actividades del biografiado en los años veinte: su diputación en 1926, el "segundo exilio" entre mediados de 1928 y 1930, y sus inicios como director de la Caja de Crédito Hipotecario de Chile.

La tercera parte nos lleva por sus actividades como empresario y dirigente gremial, en la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, en la Sociedad de Fomento Fabril y en la presidencia de la Confederación de la Producción y

del Comercio, así como en el desempeño como director y accionista de otra serie de compañías.

Las "partes" siguientes –que pueden considerarse como un todo– nos dan cuenta del político y hombre público. La cuarta está dedicada a su actividad como Ministro de Hacienda en el gobierno de Gabriel González y a su elección y desempeño como senador por Santiago entre 1957 y 1958; la quinta a su elección presidencial y gobierno entre 1958 y 1964; la sexta a su nueva candidatura presidencial con ocasión de la elección de 1970; y la séptima a "los últimos años" destacando su actividad durante el gobierno de la Unidad Popular y bajo el régimen militar, especialmente en lo relativo a su actuación como miembro y Presidente del Consejo de Estado y a los avatares del estudio de la Constitución de 1980.

Todo lo anterior termina en una octava parte –verdaderamente "allegada" al conjunto– cuyos contenidos inexplicablemente no fueron incluidos en los capítulos anteriores no obstante que corresponden cronológicamente a ellos. En efecto, el libro concluye con un estudio sobre el "saldo histórico" de Jorge Alessandri, que no es otra cosa sino una revisión de su pensamiento político, y ello se nos presenta dividido, nuevamente, en los mismos períodos que las "partes" anteriores. Es extraña esta mezcla de crónica que termina con una glosa del pensamiento del personaje. En nuestra opinión, habría resultado más cómodo y más pertinente en un estudio biográfico, incluir las reflexiones que los momentos históricos o las responsabilidades asumidas, ya fueren públicas o privadas, provocaron en el protagonista de esta historia en el relato y análisis del período correspondiente.

Con todo, un trabajo de estas magnitudes contiene debilidades y aportes. Entre las primeras, a lo ya señalado referente a la "octava parte", es necesario añadir otras observaciones.

El estudio biográfico, tal como lo señalaba Febvre supone un conocimiento de la iniciativa personal y del individuo en cuestión. Inevitablemente, la biografía supone un cierto encantamiento del biógrafo por la persona del biografado. En el caso que nos ocupa ello sucede, pero se evidencia a ratos que los investigadores se sorprenden con su personaje. Ciertas temáticas personalísimas como la relación de Alessandri con las mujeres, su independencia política –a veces vanidosa y prepotente–, o sus experiencias de tratamientos psicológicos; o asuntos públicos, como sus incomprensiones y entredichos con los partidos de derecha, o la conciencia de la responsabilidad histórica de su gestión, parecieran sorprender una y otra vez a los autores, que van y vienen sobre el asunto por los bordes, sin encararlo de frente y sin someterlo a un análisis definitivo, concluyente, que muestre sin más las flaquezas del ser humano.

Del mismo modo nos ha parecido mezquino, a ratos injusto, el análisis de la gestión gubernativa de Jorge Alessandri. Ciertamente la biografía no tiene

por qué constituir un panegírico desbordado de su gestión de gobernante. Pero tampoco se lo puede castigar casi omitiéndola. Finalmente una biografía del hombre público que fue Jorge Alessandri tiene sentido en la exacta medida en que se trata de un gobernante, y su gobierno no constituyó en su vida un accidente ni un asunto menor. Fue la culminación de una tarea de servicio público y privado que, cualquiera sea el juicio que merezca, es lo que hace del personaje alguien digno de una biografía política. En este sentido, omitir un análisis del contenido de sus mensajes presidenciales, o de algunas políticas públicas relevantes de su gestión, nos parece que debilita el conjunto del estudio. Es cierto que se analizan con propiedad las secuelas del terremoto de mayo de 1960 que asoló la zona centro-sur del país (pp. 228 y ss.), y la llamada "crisis de las divisas" de diciembre de 1961 (pp. 236 y ss.), pero las referencias a la política exterior, a la política de vivienda, a la de obras públicas, y a algunos asuntos monetarios, resultan insuficientes.

También se aprecian algunas debilidades formales. En las notas a pie de página se cometen errores, a ratos desagradables, como la referencia al trabajo de Sergio Carrasco, que sólo se entrega completa en la p. 324; o el hecho de denominar a las fuentes orales por un nombre en una ocasión (Gustavo Alessandri en la p. 42, y Julio Phillipi en la p. 213) por dos en otra (Julio Phillipi y Lucy Izquierdo en la p. 343, y de Gustavo Alessandri y Constanza Vergara en la p. 212) o el error de evidente incoherencia de la nota 58 de la p. 296.

Se echa de menos, asimismo, la entrega de una bibliografía en que se presente formalmente el conjunto de las fuentes, sobre todo para el caso de las entrevistas, puesto que en las citas —en general— se omite, con excepción de la primera vez, el dato de la fecha. Lo anterior, no obstante, se ve mitigado por la inclusión de un excelente Índice Onomástico, cuestión a la que los historiadores chilenos debieran habituarse, y que los medios tecnológicos actualmente en uso facilitan enormemente. En un paso siguiente habrá que incluir también un Índice de Materias.

Esta última observación nos da pie para presentar los aportes que el trabajo a nuestro juicio presenta, y que indudablemente minimizan los inconvenientes antes señalados.

En la línea de los aportes más significativos del trabajo que comentamos, una primera cuestión que no puede pasar desapercibida, tanto para los estudiosos como para los lectores interesados en nuestra historia reciente, tiene que ver con el hecho de haber aprovechado el trabajo de recopilación historiográfica realizado por estudiantes universitarios de pregrado a través de entrevistas como las efectuadas a Rafael Agustín Gumucio, Francisco Bulnes Sanfuentes, Alicia Cañas y Carmen Sáenz, y de haberlas referido convenientemente. Ello hará más gratificante en el futuro, y en virtud de este precedente, la

relación maestro-discípulo, en la medida que este último recibirá también el público reconocimiento de su labor intelectual.

Estrechamente ligado a lo anterior es posible advertir otro aporte de importante repercusión. Se trata del recurso a la entrevista de los contemporáneos y de los mismos actores del proceso histórico que se analiza. No obstante que este instrumento metodológico se torna tanto más delicado cuanto que se trata de una biografía, nos parece que él ha sido utilizado en forma inmejorable. Por de pronto se incluyen trozos de dos entrevistas realizadas al propio biografiado: una de Gonzalo Vial en julio de 1981 y otra realizada por Claudio Lizana, Natalia Roa y Gonzalo Sánchez en julio de 1983. A ello es necesario agregar otras veintisiete entrevistas que incluyen a familiares, amigos, compañeros y colegas de trabajo, a uno de sus médicos, a su secretaria, y a sus colaboradores. Entre estos últimos destacan al menos siete de los treinta y cinco miembros de su gabinete ministerial y algunos de sus subsecretarios, aun cuando se echa de menos la inexplicablemente ausente entrevista a Enrique Ortúzar Escobar, con quien Jorge Alessandri no sólo estuvo vinculado políticamente durante su gobierno, sino también en sus años de Presidente del Consejo de Estado, que funcionó en los años previos a la entrada en vigencia de la Constitución Política de 1980.

El recurso de las fuentes históricas orales ha cobrado progresivamente mayor legitimidad, y ello ha sido utilizado en esta oportunidad con particular acierto como ya anotábamos. A la aceptación de este instrumento metodológico contribuyen ciertamente las facilidades tecnológicas del registro magnetofónico que permite conservar la fuente, pero el talento y la preparación de los entrevistadores —calidades que se fundan en sus conocimientos previos del período y de los personajes— sigue siendo irrenunciable, y en este caso ello ha quedado demostrado en el trabajo realizado indistintamente por los tres autores, amén del de sus ocasionales colaboradores y discípulos. Evidentemente, la curiosidad por conocer una edición completa de cada una de las entrevistas crece a medida que se avanza en la lectura del texto; ellas aportarán, sin duda, luces sobre otros asuntos contemporáneos a Jorge Alessandri.

Un tercer asunto que es necesario destacar es el aporte de las fuentes inéditas. Particularmente sugerente pareciera ser la "Entrevista a Jorge Alessandri", de Ricardo Ariztía —cuya fecha desconocemos— y que se mantiene inédita en poder de Alvaro Arriagada, que la facilitó a los autores según se señala en la p. 39. Lo mismo sucede con un texto inédito de Eduardo Boetsch titulado "Recuerdos de don Jorge Alessandri", del cual tampoco conocemos su fecha. Ojalá ambos textos vean prontamente la luz pública; ellos pueden constituir aportes significativos para los investigadores de la historia reciente de Chile, y su falta de edición casi constituye una censura.

Y a propósito de censura. Se cita con profusión en el libro una "Charla a la Unión Demócrata Independiente" realizada en enero de 1984 por el propio Jorge Alessandri, la que alude siempre a comentarios y consideraciones importantes y significativas del y para el personaje de la biografía. Sin embargo, ella permanece en parte censurada tal como se señala en la p. 426, y no por los autores del libro, sino por alguien que no conocemos. Esta situación produce en el lector una mezcla de sentimientos que van de la curiosidad a la irritación. La censura —ya sea sutil o impúdica como en este caso— constituye siempre un acto oscurantista, que termina revirtiendo contra los censores, y que los investigadores del futuro sabrán develar.

Y, por último, es necesario destacar la preocupación de los autores por la historia política contemporánea de Chile. Las biografías de los Presidentes de la República habían quedado "interrumpidas" en la década de 1950 con los trabajos de Luis Palma Z. sobre Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos. Junto al trabajo en comento, otro sobre su inmediato sucesor, parecen reabrir la vigencia del género biográfico. Existen memorias de Gabriel González y Eduardo Frei Montalva —estas últimas muy parciales— e innumerables análisis de la acción gubernativa de todos ellos y de Salvador Allende y sus sucesores, pero la "biografía propiamente tal" de los hombres públicos anota vacíos significativos, uno de los cuales —muy importante, por cuanto constituye el último triunfo presidencial democrático de la derecha chilena en el siglo XX— viene a llenar este trabajo.

MATIAS TAGLE DOMINGUEZ

ISABEL CRUZ DE AMENABAR, *La Fiesta: Metamorfosis de lo Cotidiano*. Ediciones Universidad Católica de Chile, XVII + 335 págs., Santiago, 1995.

La historia ha sabido dotar a sus cultores de notable movilidad tanto para escoger y acotar los segmentos del pasado que les interesan como para buscar las perspectivas que permitan llegar a una comprensión más afinada de los comportamientos de los hombres. Porque el interés por la historia es, en rigor, un interés por el ser humano, por su singular configuración mental, por sus formas de relacionarse con los demás y de aproximarse a las cosas, por sus sistemas de competencia y de dominio, por sus mecanismos de diferenciación y de segregación, en fin, por todo lo que lo hace extremadamente complejo y que, por ello, convierte a una sociedad relativamente estable en un auténtico milagro. Aceptar la complejidad de los hombres y de las sociedades que éstos han construido es el primer paso para aceptar como bueno cualquier método

que permita adquirir una mejor comprensión del pasado. Eso explica el auge, el desprestigio y el nuevo repunte de metodologías, de líneas de investigación e, incluso, de concepciones historiográficas, lo cual lleva a la disciplina a un permanente estado de renovación.

La preeminencia que por tanto tiempo tuvo la historia política dejó el paso a la económica, más precisamente a la serial. Hoy preocupan la historia de las mentalidades, la historia de la sociabilidad. Así, es objeto de investigación la vida cotidiana, la mujer, la familia, el trabajo. La fiesta, abordada desde muy diversos puntos de vista por franceses como Philippe Aries, Emmanuel Le Roy-Ladurie, Mona Ozouf y Jean-Jacques Wunenburger, y españoles como Julio Caro Baroja y Enrique Bonet Correa, ha sido analizada desde sugerentes perspectivas en Chile por Eugenio Pereira Salas, Gabriel Guarda y Juan Uribe Echeverría. Sus estudios han iluminado aspectos que, por ser considerados subalternos, no habían recibido la debida atención de los historiadores ni habían sido objeto de una investigación sistemática. Con todo, faltaba un trabajo que analizara la fiesta en Chile en una dimensión mayor, como parte de un todo más amplio. Isabel Cruz ha abordado ese desafío en lo que constituye un amplio capítulo de su *Serie Arte y Sociedad en Chile, 1650-1820*, de la que el primero fue "La Fiesta: Metamorfosis de lo Cotidiano", publicado en 1995, y el tercero y último, "La Muerte: Transfiguración de la Vida", aún inédito. La autora ha logrado, con notable éxito, organizar el enorme material que ha podido recoger con el fin de hacerlo inteligible y mostrar que las fiestas chilenas entre 1650 y 1820, que es el período que examina, fueron "parte de un gran sistema festivo común a todo el mundo hispánico, con su calendario y sus normas, sus prohibiciones y sus tolerancias, sus rituales y sus símbolos, sus actividades lúdicas y sus artes".

El trabajo consta de un preámbulo, una introducción y tres capítulos en que se estudian, respectivamente, las claves de la fiesta barroca, el ciclo religioso anual y las efemérides cívicas con su evolución desde la monarquía a los primeros años republicanos.

El estudio de un sistema festivo como el chileno supone, al igual que el de cualquier otro país iberoamericano, un conocimiento de las fiestas indígenas prehispánicas. Nuestros aborígenes tenían ritos especiales para conmemorar y celebrar ciertos hechos y estaban capacitados, en consecuencia, para entender el sentido de las fiestas hispanas, por lo que parece natural que unos y otras se refundieran, hasta el punto de que la búsqueda de la enajenación mediante la bebida, descrita con detalle por los jesuitas Alonso de Ovalle y Diego de Rosales, continúa siendo hoy un ingrediente esencial de las fiestas de raigambre popular, incluso de las de índole religiosa.

A este medio se trasplantó el calendario festivo cristiano, que en Chile adoptó algunas modalidades propias, tanto por la inversión de las estaciones

como por la existencia de celebraciones especiales. Estas fiestas, como lo destaca Isabel Cruz, fueron marcadas expresiones del sincretismo religioso que fusionó la fe y el arte de conquistadores y conquistados. El cuidadoso análisis hecho por la autora de la fiesta de la Candelaria en Caspana —que compara con las celebraciones en San Fernando (Copiapó), Carelmapu y Chonchi— es muy ilustrativo al respecto.

De particular interés para comprender la difusión de las modalidades festivas en América es la inspiración que encontraron los habitantes de los territorios ultramarinos y, por cierto, de Chile en las relaciones impresas de las fiestas celebradas en la metrópoli. “Con lujo de detalle —nos dice la autora— estas obras describían los elementos de cada celebración e ilustraban profusamente, con láminas grabadas, las creaciones realizadas para la ocasión”. Se aseguraba así, continúa la autora, la prolongación de la fiesta “hasta las más remotas ciudades y villas de Hispanoamérica, donde estos libros constituían verdaderos modelos plásticos y literarios que afianzaban el sistema de representaciones y símbolos”, que fue, por lo demás, lo que también ocurrió con las artes plásticas.

La normativa sobre las fiestas religiosas fijas y movibles fue recogida y sistematizada por el Cabildo de Santiago en 1760, en la “Tabla de la Ceremonia y Etiqueta que Observar el Ilustre Cabildo en todas sus fiestas”, reglamento inteligentemente utilizado por Isabel Cruz y que permite reconstituir gestos, actitudes, movimientos, vestimentas, símbolos, colores y palabras del ritual.

Desde la Circuncisión, primera fiesta del año, hasta la Virgen del Rosario de Andacollo, a fines de diciembre, el calendario era pródigo en celebraciones fijas, a las que había que agregar celebraciones movibles y ciclos de dos o más días para recordar los más importantes misterios cristianos. La Semana Santa ocupa un lugar preferente, con numerosas procesiones en las calles y actos en las iglesias, y una activa participación de penitentes, aspados y flagelantes. En ocasiones el dramatismo de la Pasión era acentuado con representaciones como la que describió el francés Frezier en Valparaíso en 1713, del entierro de Cristo, realizada con figuras articuladas de tamaño natural: “A medida que se quitaban los clavos, la corona y los otros instrumentos de la Pasión, el diácono se los pasaba a una Virgen vestida de negro que por medio de resortes los tomaba con sus manos y los besaba uno detrás de otro. Por fin, cuando hubo descendido de la cruz, se le colocó con los brazos cruzados y la cabeza derecha en un sepulcro magnífico, entre hermosos paños blancos guarnecidos de encajes y bajo rica colcha de damasco”.

Pero otras fiestas religiosas adquirían tanta importancia como las celebraciones de la Semana Santa. Era lo que ocurría con *Corpus Christi*, que, como símbolo destacadísimo del catolicismo, se celebró en Chile, al igual que en España, con inusual esplendor. En Santiago, el Cabildo se encargaba de organizar esa celebración, preocupándose de limpiar las calles por donde pasaría la

procesión, hacer construir cuatro altares en las correspondientes esquinas de la plaza, levantar arcos, vigilar que los vecinos adornaran sus casas con reposteros y reparar los "gigantes" y la "tarasca", imágenes de bulto de inspiración hispana y que estaban vinculadas a esa festividad.

Junto a la fiesta religiosa estaba la fiesta cívica, y la autora subraya que no siempre hubo una separación estricta entre ambas, como natural eco de la concepción del poder de la monarquía hispana, tan estrechamente viculada a lo sagrado. En América la fiesta cívica desempeñó un papel político fundamental: hacer presente ante los súbditos a un monarca que estuvo siempre ausente. Por eso todos los acontecimientos importantes relativos a la casa reinante, como nacimientos, matrimonios, muertes, ascensos al trono y suscripción de paces, eran comunicados a los territorios de ultramar para que las autoridades las celebraran con las fiestas de rigor, que eran demostraciones de alegría, pero también, y muy especialmente, de fidelidad.

Todo esto se manifestaba en misas de acción de gracias, juegos ecuestres, tauromaquias, fuegos artificiales, desfiles, máscaras, comedias y colaciones, en las que participan todos los grupos sociorraciales y los estamentos de la sociedad. En 1659 el Cabildo de Santiago determinó el orden en que debían salir los gremios en las fiestas reales: "El primer día de las fiestas han de salir en primer lugar los mulatos, pardos, a los cuales han de seguir los zapateros y los indios. Sucesivamente han de salir los herreros. Y a los herreros los silleros. Y luego los sastres, a los cuales seguirán los barberos. Y luego los carpinteros, a quienes seguirán los pintores. Y luego los plateros. Y luego el comercio, con que después dará fin la ciudad a las fiestas".

La más importante de estas fiestas cívicas fue, sin duda, la Jura Real, acto en el cual la comunidad, encabezada por las autoridades, renovaba la fidelidad al nuevo Rey que ocupaba el lugar del que acababa de fallecer. En la plaza mayor, especialmente adornada con arcos, colgaduras, luminarias y follajes, se erigía un tablado frente al palacio de la Real Audiencia. Este era ocupado por el cabildo secular y el eclesiástico, los oidores de dicho tribunal, el Gobernador y el Alférez Real, en cuyo poder estaba el estandarte. El escribano del Cabildo procedía entonces a dar lectura a la real cédula que comunicaba el fallecimiento del soberano y el advenimiento del sucesor. El Gobernador tomaba el estandarte de manos del Alférez Real y lo hacía tremolar, al tiempo que proclamaba en alta voz el nombre del nuevo monarca, a lo que el pueblo respondía con vivas y aclamaciones. Tras la Jura se efectuaba un paseo del estandarte por las calles, seguida de una misa de acción de gracias o de un *Te Deum*. Terminados esos actos comenzaban los festejos populares, que podían durar varios días. Una variante de esta festividad, la expresión de lealtad a Fernando VII, preso por los franceses, de la que se conocen los antecedentes básicos por la relación de la efectuada en La Serena en 1809, sigue pautas similares.

Las recepciones de los gobernadores daba también origen a celebraciones en la capital y en las principales ciudades de Chile. El centro de ellas era la entrega simbólica de las llaves de Santiago —no obstante que la ciudad carecía de murallas y puertas—, seguida de comidas, un intercambio de regalos y un paseo del nuevo gobernador por sus calles en compañía de los miembros de la Real Audiencia, del Cabildo, de las autoridades eclesiásticas y de los vecinos.

El sistema de festividades religiosas y civiles descrito aparenta ser rígido, pero está lejos de serlo. La autora destaca las variaciones, a menudo producto de la precaria situación económica del país o, al contrario, del mejoramiento de las condiciones de vida, en especial en el siglo XVIII. Pero obedecen, asimismo, a cambios profundos y lentos en las mentalidades. Se advierten ellos ya con los Borbones, aunque serán especialmente visibles durante la emancipación. Las limitaciones de las licencias a que daban origen las fiestas religiosas es materia característica de las regulaciones sinodales dieciochescas, pero también se las trató de reprimir con diversas medidas durante los primeros gobiernos republicanos. Pero no se trató sólo de la abolición del juego de chaya durante el Carnaval, como lo pretendió Bernardo O'Higgins, sino que se buscó, además, la reducción de los días religiosos festivos. Esto, paradójicamente, fue obra del Vicario Apostólico Juan Muzi, quien en 1824 derogó todas las fiestas en que sólo debía oírse misa, dejando en 11 las de riguroso precepto, es decir, en que había que oír misa y abstenerse de trabajar, además de los 52 domingos del año. Y, mientras tanto, las fiestas cívicas de la monarquía fueron desplazadas por las nuevas expresiones republicanas, al menos en la simbología en uso. Pero, como bien lo precisa la autora, estas celebraciones, en lo básico, mantuvieron el modelo tradicional. Basta detenerse en algunas de ellas, como, por ejemplo, la Jura de la Independencia realizada también en La Serena en febrero de 1818, para advertir que cambian las palabras y los emblemas, pero se mantiene cabalmente la estructura de la festividad.

El libro de Isabel Cruz es una investigación, ambiciosa en sus propósitos y rigurosa en su método, que permite hacer comprensible un territorio vasto y mal delimitado de nuestro pasado y que abre insospechadas y fructíferas perspectivas de análisis.

FERNANDO SILVA VARGAS